

MARCO ANTONIO CAMACHO CRISPÍN

¿POR QUÉ ESCUCHAR A EMMANUEL LEVINAS?

Resumen: Emmanuel Levinas ha cuestionado seriamente la inteligibilidad filosófica de la tradición occidental. En efecto, resaltando la diferencia fundamental entre lo Dicho y el Decir, tal parece que el planteamiento levinasiano dirige sus observaciones al núcleo íntimo de una inteligibilidad filosófica que parece reposar tranquilamente en la seguridad apacible de una mismidad incuestionada. Una mismidad que engulle todo a sus propios términos y mediaciones inteligibles, dotándolos incluso de una incuestionable realidad ontológica. Por tanto, *escuchar* a Emmanuel Levinas significa romper con las resistencias que suele imponer la inteligencia especulativa a todo aquello que le resulta extraño para ella misma; significa abrir nuestro pensamiento a una alteridad que guíe y dirija su más esencial orientación especulativa; significa también encontrar en lo totalmente Otro la humanidad misma de todo hombre sin reducción alguna.

Palabras clave: inteligibilidad, alteridad, infinito.

WHY LISTENIG TO EMMANUEL LEVINAS?

Abstract: Emmanuel Levinas has questioned seriously the intelligibility philosophical of the western tradition. In fact, highlighting the fundamental difference between what was said and Say, it seems that Levinas' approach directs its observations to the core depths of a intelligibility philosophical that seems sit quietly in the security gentle a uniqueness by. A uniqueness that swallows everything in its own terms and mediation intelligible, equipping them with even an unquestionable reality ontological. Therefore, *listening* to Emmanuel Levinas means breaking with the resistance often imposing the speculative intelligence to everything that he found it strange for itself; it means open our thinking to an otherness that guide and direct its most essential guidance

speculative; it also means finding in the utterly Another humanity itself of any man without any reduction.

Keywords: intelligibility, otherness, infinity.

Bien, es cierto que en la tradición filosófica occidental, es decir, aquella que, como dijera el filósofo judío Franz Rosenzweig, va “de Jonia a Jena,”¹ el “concepto” ha sido considerado la máxima expresión de incidencia entre pensamiento y ser. Ahora bien, tal incidencia es de orden especulativo, ya que en realidad el “concepto” sólo expresa la realidad unívoca del propio pensamiento. Ciertamente se trata de un modo de pensamiento que suele considerar al “concepto” como su esencial principio de inteligibilidad filosófica. No obstante, bien cabría la posibilidad de preguntarse si no será posible cuestionar acaso dicho principio de inteligibilidad, y asumir con ello de manera radical un *pensar de otro modo* el quehacer filosófico. Emmanuel Levinas ha cuestionado seriamente la inteligibilidad filosófica de la tradición occidental. En efecto, resaltando la diferencia fundamental entre lo Dicho y el Decir, tal parece que el planteamiento levinasiano dirige sus observaciones al núcleo íntimo de una inteligibilidad filosófica que parece reposar tranquilamente en la seguridad apacible de una mismidad incuestionada. Una mismidad que engulle todo a sus propios términos y mediaciones inteligibles, dotándolos incluso de una incuestionable realidad ontológica.

En consecuencia, el “concepto” como producto reductivo del pensamiento sería, a fin de cuentas, no otra cosa que lo Mismo.² ¿Qué nos *dice* realmente el “concepto”? ¿Acaso no será más bien una muda y rígida expresión de la propia mismidad del pensamiento? ¿No habrá en efecto una reducción de lo Otro a lo Mismo en términos de una mediación conceptualmente inteligible de ser, o más bien, de una *inteligibilidad del ser* a fin de cuentas lo Mismo, en tanto mismidad supuestamente ontológica del pensamiento? Por su parte, Levinas romperá definitiva-

¹ Rosenzweig, F., *La estrella de la redención*, traducción de Miguel García-Baró, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1997, p. 52.

² “La filosofía occidental ha sido muy a menudo una ontología: una reducción de lo Otro al Mismo, por mediación de un término medio y neutro que asegura la inteligibilidad del ser”. Levinas, E., *Totalidad e infinito*, traducción de Daniel E. Guillot, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2002, p. 67.

mente con la validez filosófica del Mismo. Para ello, hará resaltar una notable diferencia entre lo Dicho y el Decir, entre el “concepto” y la “palabra”. De hecho, puede decirse que tal diferencia determina de manera esencial el pensamiento filosófico de Emmanuel Levinas. Para él, lo Dicho no necesita que sea escuchado, sino que pervive en el mutismo especulativo de su soledad inherente. ¿O acaso el “concepto” no manifiesta precisamente esa muda soledad del pensamiento? Por el contrario, la subversión de inteligibilidad que aporta al respecto la filosofía de Emmanuel Levinas, atenta sobre todo a esa *extrañeza* absolutamente ajena al acto mismo de pensar, nos conduce a permanecer en una *escucha* primordial donde la Trascendencia pone en entredicho la supuesta mismidad del pensamiento, logrando así poner al descubierto ese *otro modo* de lo Dicho que corresponde precisamente con el Decir.

Así, pues, a diferencia de la rígida solidez del pensamiento conceptual que ostenta la inteligibilidad filosófica del pensar más tradicional, donde, por otra parte, se esconde y oculta siempre el negocio inmanente y dominante del *logos*, es decir, ese “negocio para el que nada permanece *absolutamente otro*,”³ ya que a final de cuentas el “concepto” *no es más que* la expresión necesaria y única del pensamiento, en tanto expresión *adecuada* de lo Mismo, esto es, de ese Sí-Mismo especulativo no sólo totalizante sino también totalitario; la filosofía de Emmanuel Levinas se dirige, ante todo, a recuperar, filosóficamente hablando, la voz de la Trascendencia que este tipo de inteligibilidad desconoce u omite. Para Levinas, esta voz introduce una inquietante *extrañeza* con la cual se pone en entredicho la relación de lo *Mismo* con lo *Otro*, sin que lo Otro se reduzca a lo Mismo ni se despoje de cuanto tiene de extraño, dando así *qué pensar*. Catherine Chalié, profunda conocedora del pensamiento levinasiano, tiene razón al afirmar que la filosofía de Emmanuel Levinas transmite una grave interrogante, a saber, ¿qué le sucede a un pensamiento que consiente ser inspirado por el Infinito?⁴ Inspiración del Infinito que apela y llama, y que sólo puede ser captada a través de la escucha esencial cuya radical *extrañeza* precede a todo acto

³ Levinas, C., *Trascendencia e inteligibilidad*, traducción de Jesús María Ayuso, Madrid, Ediciones Encuentro, 2006, p. 26. Las cursivas son nuestras.

⁴ Chalié, C., *Levinas: La utopía de lo humano*, traducción de Miguel García-Baró, Barcelona, Riopiedras, 1995, p. 31.

especulativo del pensamiento, y que sólo, de esta manera, logra trastornar la seguridad inviolable de lo Mismo en el “concepto”, es decir, del pensamiento en su mismidad.

Se trata, en efecto, de una *extrañeza* que, por cierto, se pretende disipar a través del ejercicio sordo del mismo pensar, de la ilusión inmanente del pensamiento que se piensa a sí mismo, pero que en realidad prevalece en la *escucha* primordial de una *inspiración* que hace siempre fecunda la labor misma del pensar a partir de lo totalmente Otro, de lo totalmente ajeno y extraño a lo Mismo del pensamiento. Y dicha *inspiración*, que Levinas encuentra y retoma de las fuentes proféticas y rabínicas del judaísmo, recoge esa voz de Trascendencia o Infinito cuyo mensaje apela a la exigencia ineludible del *comienzo de lo verdaderamente humano en el ser*. De aquí se desprende, pues, una inteligibilidad distinta a la meramente conceptual, ya que la propuesta filosófica de Emmanuel Levinas no inicia ni adopta como conclusión definitiva al “concepto”, sino que surge a partir de ese *comienzo* que, más que pensar, hay que *escuchar y asumir* incluso para llevar a cabo la radical realización de su expresión especulativa o inteligible.⁵

Ahora bien, ¿cuál es la fuente de inspiración filosófica que Levinas adopta para dar paso al *verdadero comienzo de lo humano en el ser*, y con ello dar fundamento de igual manera a su peculiar propuesta de inteligibilidad? Aunque de inmediato parezca un tanto sorprendente, dicha fuente la encuentra Levinas en la profundidad significativa de la Biblia, es decir, en el libro sagrado de la Torá, el Libro de la Ley, ese “Libro de los Libros, dirá el propio Levinas,

Donde se dicen las cosas primeras, las que *debían* ser dichas para que la vida humana tenga un sentido, y que se dicen bajo una forma que abre a los comentaristas las dimensiones mismas de la profundidad.⁶

Y estas *dimensiones mismas de la profundidad* anuncian la opción de una vida humana que se asume como una existencia *para el otro*, o bien,

⁵ Para un estudio de la inspiración que Levinas retoma a partir de las fuentes rabínicas. Cf. Chalier, C., *La huella del infinito: Emmanuel Levinas y la fuente hebrea*, traducción de Pons Irazazábal M., Barcelona, Herder, 2004.

⁶ Levinas, C., *Ética e infinito*, traducción de José María Ayuso Díez, Madrid, A. Machado Libros, 2000, p. 25.

anuncian el auténtico comienzo de *lo humano en el ser*, es decir, de “una existencia invitada a la santidad.”⁷ Y esta *invitación* no es producto del pensamiento, sino la resonancia acústica de la voz exigente del Infinito que llama al pensar a conformarse no consigo mismo, sino con ese totalmente Otro de su comienzo: la Trascendencia. Es justo la voz de la Trascendencia aquello que, según Emmanuel Levinas, rompe con la mismidad especulativa del pensamiento filosófico tradicional. A diferencia de lo Dicho, la Trascendencia es justo ese Decir que no es mudo, sino que, en tanto se dirige al hombre la respuesta por parte de éste, significa su máxima realización. Una realización, habría que decirlo, no vinculada en lo absoluto con la mismidad del pensamiento conceptual, sino con el cumplimiento de lo Otro que nunca es el Mismo: la Trascendencia.

Para Levinas, la Biblia es esencial al pensamiento, justamente en tanto se trata de una Voz que rompe con el esquematismo cerrado del “concepto” en su mismidad. El vínculo filosófico entre uno y otro, es decir, entre el Libro y el pensamiento, consiste precisamente en que ahí se abre el camino a la Trascendencia y, por tanto, se inaugura así un tipo diferente de inteligibilidad al adoptado por el pensamiento de lo Mismo. Este nuevo camino es prácticamente inagotable, ya que sería imposible de reducir a un solo pensamiento, y mucho menos todavía a un “concepto”. “El Libro de los Libros”, por así decirlo, fecunda el pensamiento, al propiciar la infinidad de comentarios que pueden hacerse al respecto, y cuya tradición talmúdica ha puesto de hecho al descubierto. Así, pues, desde el punto de vista filosófico-talmúdico, cabe afirmar que “el único criterio de una interpretación es su fecundidad,”⁸ El Infinito no aparece por tanto como algo Dicho —un “concepto”—, sino como lo infinito-inagotable que aún se puede y debe Decir, en tanto se trata de lo *más allá* del propio pensar. En la inteligibilidad filosófica que plantea Levinas, siempre quedaría aún algo por Decir, algo más de lo ya Dicho que el pensamiento no puede ni siquiera adelantar. Es así como la inteligibilidad levinasiana se nutre de esa noción de

⁷ Chalier, *Levinas: La utopía...*, cit., p. 21.

⁸ Ouaknin M., *El libro quemado. Filosofía del Talmud*, traducción de Alberto Sucasas, Barcelona, Riopiedras, 1999, p. 18.

Trascendencia que aporta la concepción judía de la Biblia, “El Libro de los Libros”.

Desde este punto de vista, *no todo está Dicho*, ni la filosofía se reduce a un mero cúmulo de “conceptos”, sino que hay algo *más allá* del propio pensar: la Trascendencia, lo *Otro* del Mismo pensamiento. Siguiendo entonces a Levinas, es la tradición judía la que nos pone cara a cara ante esa inagotable inteligibilidad del Decir, del Infinito. Tradición del *decir-infinito* que fecunda e introduce una inabarcable inspiración de inteligibilidad filosófica que hace estallar, por así decirlo, el rígido contorno en cuya inmanencia especulativa el “concepto” conserva su férrea negación de la Trascendencia. No obstante, para Emmanuel Levinas, es justo la Trascendencia el *principio* totalmente Otro del pensar. Aquí, es decir, en la tradición del *decir-infinito* que el propio Levinas recupera para la filosofía, la Trascendencia no es un ya un “concepto”, sino un *principio de inteligibilidad* que escapa a los marcos conceptuales de especulación racional más comunes y conocidos por la tradición filosófica dominante. De hecho, el *decir-infinito* mantiene al pensamiento ante una expectativa que escapa por completo a los lineamientos cerrados en el que el Mismo se acoraza y defiende. Ahora bien, ¿con ello se niega por completo la relevancia filosófica de dicha tradición? No, ya que Levinas en efecto quiere “decir en griego los principios que Grecia ignoraba”. Y si bien es cierto que la filosofía tradicional suele tomar como punto de partida el modo de pensar *en griego*, donde el “concepto” es el resultado de lo Mismo, esto es, del mismo *logos*, lo esencial para el pensamiento filosófico, según Emmanuel Levinas, estriba justamente en ese *otro modo del Decir* que recupera e introduce la realidad del Infinito o Trascendencia que supera todo pensamiento y que, al parecer, Grecia, y con ella todo el conjunto del pensamiento filosófico occidental, ignoraba o desconocía.

Queda claro entonces que Levinas no pretende desacreditar sin más la tradición filosófica occidental, sino que pretende introducir para la Filosofía el principio trascendente de inteligibilidad que él encuentra como modo de inspiración filosófica en las fuentes bíblicas del judaísmo.

En ningún momento, afirma E. Levinas, la tradición filosófica occidental perdía, a mis ojos, su derecho a la última palabra; todo, en efecto, debe ser expresado en su lengua; pero quizás no es ella el

lugar del primer sentido de los seres, el lugar donde lo cargado de sentido comienza.⁹

Y es justo la Trascendencia “el lugar donde lo cargado de sentido comienza”, ya que ésta excede a todo pensar. Con esa carga de Infinito efectivamente se daría *el comienzo de lo humano en el ser*—el peso real de la ética y la responsabilidad—, en tanto apelaría al “primer sentido de los seres”, y no al revés, como ocurre en el modo *griego* de pensar, es decir, del *logos* a la extensión de mediadora de su “concepto”, y cuyo sentido último no deja de ser otro más que él Mismo.

Sin embargo, cabe mencionar aquí que no se trata de llevar a cabo una conciliación particular entre Atenas y Jerusalén, ni una separación contundente entre ambas, sino que más bien se trata de captar que, si bien la necesidad del lenguaje filosófico *en griego* es indudable, la racionalidad filosófica de la civilización occidental puede adoptar un *principio* de inteligibilidad que la propia Grecia ignoraba para enriquecer y ensanchar, *literalmente hasta el Infinito*, el modo griego de pensamiento que dicha civilización ostenta dentro de su más profunda tradición. Una tradición, habría que decirlo, aquejada últimamente por el nihilismo y todas aquellas formas, sutiles o brutales, de la desesperación no sólo intelectual. Es por ello que, como afirma Catherine Chalier, para Levinas “se hace necesario reavivar la memoria de otra fuente de sentido distinta de la racionalidad griega.”¹⁰ En efecto, Levinas considera necesario recurrir a una racionalidad distinta de esa imperante Razón de Occidente que proviene de Grecia y que, como denunciaran acertadamente en su momento Adorno y Horkheimer, al dejar de lado el principio absoluto de Trascendencia, esto es, al no tomar en cuenta lo absolutamente Otro de sí-mismo, ha dado paso a la aparición y concreción de una por demás destructiva Razón Instrumental. De hecho, el imperio del terror que impone este mecanismo racional de muerte, en tanto se trata del reino de la destrucción y de la catástrofe, de la expresión concreta y terrible del *ser verdaderamente inhumano*, el propio Levinas lo ve plenamente confirmado en la indudable realidad de los campos de concentración alemanes. Realidad que, dicho sea de paso, él mismo vivió y conoció como prisionero de guerra.

⁹ Levinas, *Ética e infinito...*, cit., p. 26.

¹⁰ Chalier, *Levinas: La utopía de...*, cit., p. 23.

Por ende, para Emmanuel Levinas, y también para muchos otros filósofos contemporáneos, la tradición racional de occidente ahí llegó a su fin. Ante el terrible espectáculo del triunfo de la Razón occidental, la propuesta de Levinas opta por una tradición alternativa que logre suplantar ese *ser verdaderamente inhumano*, y que sea asimismo capaz de favorecer el advenimiento o comienzo de *lo humano en el ser*. Ahora bien, a diferencia de Heidegger, por ejemplo, quien pretendía expresar en *alemán* el verdadero desvelamiento del “ser del ente”, y que desde su perspectiva incluso considera que los propios griegos fueron incapaces de transmitirlo al permanecer en el ocultamiento fundamental del ser originario, como por otra parte lo hiciera prácticamente toda la tradición filosófica occidental en su fundamental, según él, deficiencia metafísica o error de racionalidad, Levinas retoma esa “otra fuente de sentido distinta de la racionalidad griega” de la tradición bíblico-judía. Tradición cuya significación filosófica repercute en el pensamiento al despertar en él la peculiar singularidad de un nuevo cuestionamiento que apunta precisamente a recuperar para la filosofía la voz de la Trascendencia que pone, por decirlo de alguna manera, entre paréntesis la *mismidad* en la cual se ha erigido el modo racional e inmanente de pensar en griego, justo para que logre salir del encierro especulativo del sí mismo en el que ha quedado atrapada. En efecto, para Levinas, es *fuera del pensamiento* donde radica la Trascendencia. Y este es precisamente el ignorado *principio de inteligibilidad* en tanto se trata de un sentido ajeno o extraño al *logos* o Dicho de los griegos.

¿No es acaso este *principio* de inteligibilidad el que habría de ser escuchado en Emmanuel Levinas, sobre todo tratándose de una tradición filosófica occidental *a la griega* como la nuestra, en la cual se han hecho reales no sólo los campos de concentración alemanes, sino también los horribles *gulags* rusos, entre muchas otras cosas sumamente vergonzosas para el ser humano occidental tan orgulloso de su razón? Ya sea para discutir, aceptar o refutar, el planteamiento de Emmanuel Levinas no puede ser pasado por alto, ya que por sí mismo aporta un serio estímulo que filosófica y humanamente da mucho qué pensar. En efecto, Levinas tiene mucho que Decir acerca de lo Dicho y del Mismo.

Por tanto, *escuchar* a Emmanuel Levinas significa romper con las resistencias que suele imponer la inteligencia especulativa a todo aquello que le resulta extraño para ella misma; significa abrir nuestro pensamiento a una alteridad que guíe y dirija su más esencial orientación especulativa; significa también encontrar en lo totalmente Otro la humanidad misma de todo hombre sin reducción alguna; significa, en fin, aceptar esa llamada de inspiración e invitación que conduce al *comienzo de lo humano en el ser*, donde la relación con lo absolutamente otro, con ese Otro en cuyo Rostro brilla la Trascendencia, más que invitar a un vago reposo en el ser de su “concepto”, invita ante todo a destruir de una vez por todas los múltiples horrores que, como el propio Emmanuel Levinas dijera, son producto de ese “ateísmo sin humanismo” en el que nos ha tocado vivir, para dar paso finalmente a una vivencia filosófica que, de hecho, resume por completo el complejo pensamiento de Levinas: “después de usted”.

Universidad Autónoma de México
markolex@hotmail.com

